

# Tierra y Libertad

Número suelto: 5 céntimos

Redacción y administración: calle Cadena, 39, 2.º, 1.º

Paquetes de 30 ejemplares . . . 1'00 ptas  
 Suscripción: España un trimestre . . . 1'00  
 Extranjero . . . 1'50

## Lección de cosas

El conflicto de Riotinto, de mala manera terminado, ha vuelto a reproducirse en peores condiciones.

No podía ser de otro modo. Los días largos y penosos de la anterior huelga, los sacrificios que el proletariado se impuso para ayudar al sostenimiento de los huelguistas y el hambre y padecimientos morales y materiales que los 17.000 mineros y sus familias se impusieron durante la tenaz lucha, no han servido para otra cosa que para que la Compañía haga lo que le venga en gana, menospreciando las justas y modestas demandas de sus explotados y burlarse de lo pactado con los titulados representantes de los obreros, con intermediación de las autoridades.

En dicho conflicto intervienen tres factores, aunque uno de ellos permanece oculto y sea negado por los interesados; los tres con intereses particulares y distintos: la compañía, los políticos y los mineros.

La compañía ha salido incólume del conflicto, pues no confiamos en que ahora se le pueda imponer lo que antes no se la pudo imponer.

Los políticos, sin arraigo en la comarca como tales, sin medios pecuniarios para los gastos de propaganda electoral, siempre cuantiosos, encontraron medio de hacer esa propaganda, pretextando era societaria y de agitación, por y para la huelga, cargando a la cuenta de los huelguistas los gastos de esa campaña semi-societaria-huelguista-política, recogiendo abundantes frutos y alcanzando numerosos puestos en los municipios de la cuenca minera de Riotinto.

Los mineros, que todo lo han expuesto, lo han sacrificado y lo han pagado, nada han ganado y han perdido la esperanza de obtener las mejoras pedidas, por lo menos hasta que no pase bastante tiempo y se olvide el amargo pesimismo que el resultado de la huelga ha producido.

La compañía no cede porque cree que los mineros no son lo suficiente fuertes para imponerse y no hay gobierno ni autoridad que pueda obligarla a ceder en lo que a ella no le da la gana, y en cambio, sabe bien que una simple protesta suya obligará a ese gobierno y a esas autoridades, a pesar de aquel y de éstas, si se quiere, a poner en juego los múltiples medios de coacción y represión de que disponen, para reducir a los mineros en huelga.

Esto es de una evidencia innegable; todos los obreros medianamente instruidos en las cuestiones y conflictos sociales lo saben hasta la saciedad.

Decirles a los obreros que dediquen sus energías a las luchas políticas y que gasten el dinero de sus cajas de resistencia en campañas electorales y en la elección de concejales y diputados es engañarles y traicionarles, arrojándoles en un abismo de embrutecimiento y esclavitud.

Los mineros y demás obreros de Bilbao, pueden dar buena razón de ello; antes de tener concejales y de gastar sus cuotas en propagandas y elecciones políticas, luchaban mejor y al-

canzaban memorables victorias, por la sencilla razón de que sus "leaders" todavía debían hacerse el "cartel" el cual había de ser forzosamente la consecuencia de las victorias obreras que se obtuvieran, y ahora... ya lo tienen hecho.

En Riotinto pasará tres cuartos de lo mismo; al estallar la huelga Egocheaga y demás "leaders" estuvieron sublimes de energía y de entusiasmo revolucionario; las elecciones estaban al caer; ganaron los puestos de concejales que ambicionaban y decayeron sus energías y sus entusiasmos, y todo su celo y energía la dedicaron a hacer aceptar por los mineros un "arreglo" del que protestaron virilmente los sindicalistas, por lo que fueron perseguidos—hasta el punto de querer linchar al compañero Torres—, y calumniados como dinamiteros y fabricantes de bombas—como les ocurrió a Carabajo y otros compañeros, por lo que están actualmente en la cárcel— y de perturbadores y "elementos extraños" por los tan poco escrupulosos "leaders".

A pesar de ello, hoy son los acusadores de los sindicalistas quienes agitan y hablan de huelgas generales. ¿Motivos de semejante cambio? ¿La causa de este doble juego? Pues, las próximas elecciones de diputados a Cortes.

Si la Compañía cumple su amenaza y despide a mil mineros ¿quién votará al futuro diputado socialista? Nadie. Y para evitarlo los prudentes y sesudos socialistas de ayer serán los más enérgicos y radicales revolucionarios de hoy.

Venga en buena hora la victoria de los obreros, aunque esta traiga aparejada la de sus "leaders" como políticos; pero cuiden de que las elecciones no tengan lugar antes de que ellos obtengan satisfacción, porque sino les ocurrirá lo de siempre, han sido diputado a un ambicioso y ellos perderán la huelga, el pan y quizás la libertad.

A la burguesía jamás se la vencerá sino en el terreno económico, haciendo que la acción obrera grave con todo su poder sobre el lado económico de sus empresas o industrias, disminuyendo sus ingresos y convirtiendo a cero sus beneficios, de cuya acción no le librará ni el gobierno, ni las autoridades, ni todos los poderosos recursos de que estas disponen.

Si la burguesía para someter a los obreros no recurre a otros medios que a los que surten efectos económicos, rebajando el jornal de sus trabajadores, cambiándole de un trabajo a otro menos retribuido o amenazándole con el despido; los obreros deben tomar ejemplo y reducir a la burguesía empleando contra ella medios idénticos: la huelga, la máxima inglesa de "a mala paga mala labor" y cuantos aconseja el sindicalismo.

Nunca jamás vencerán por otro camino; quien les aconseje reformismos y oportunismos engañadores o la acción política como medio y arma emancipadora, o es un solemne iluso o un grandísimo pillastre con más conchas que un galápagos.

## Los esclavos del terruño

La vida intensa de las grandes urbes, las agitadas luchas que en ellas se desarrollan, con la inevitable secuela de apasionamientos y confusionismos, hacen olvidar muy a menudo, la silenciosa tragedia del campo, la sorda lucha de los asalariados del terruño. El estruendo formidable de nuestras contiendas, la preocupación perenne de nuestros conflictos, impiden que nos percatemos de las necesidades y protestas de los que lejos de las ciudades sufren una esclavitud acaso más afrentosa y aborrecible que la de los trabajadores del taller y de la fábrica. Y, sin embargo, preciso será que hacia ellos tiendan también nuestros esfuerzos emancipadores, si no queremos que la gran obra revolucionaria quede incompleta y falte a la nueva sociedad el elemento más valioso y decisivo: el concurso de los que laboran la tierra.

El malestar que reina entre la gente del campo, debida a la insuficiencia de salarios y al acrecentamiento de la miseria en todos sus aspectos, empieza a inquietar vivamente a los gobiernos europeos, y éstos, en su afán por evitar o resistir los grandes conflictos económicos que se avecinan, echando mano de sus principales artífices y se-

preparan para embaucar una vez más al explotado.

Inglaterra, la nación que inició las llamadas reformas obreras, pretende inaugurar ahora el período de las reformas agrarias. Lloyd George, el célebre ministro de Hacienda, ha empezado ya la campaña dando mítins y conferencias, haciendo propaganda a favor de sus proyectos de legislación agraria, en una palabra, creando ambiente. Los discursos que en tales actos ha pronunciado merecen la atención de la clase trabajadora, tanto por las promesas que encierran, como por las afirmaciones relativas al derecho a la vida y al disfrute de la riqueza social que acredita todo ser humano. Pero ¡ay! que de los discursos a los hechos media un profundo abismo. Graves son las palabras que Lloyd George dedica a los monopolizadores de la tierra; importantes fueron también sus declaraciones cuando presentó al Parlamento las leyes sobre los seguros obreros. Pero así como entonces resultaron ineficaces sus medidas legislativas, tenemos fundados motivos para presentir el fracaso inevitable de sus actuales planes.

Cuando se implantaron en Inglaterra los seguros sobre el paro forzoso y la vejez, ya expusimos en estas mismas columnas nuestros puntos de vista

acerca de aquellas reformas, demostrando, en la medida de nuestros elementos de juicio, la inutilidad práctica de las mismas. Ello nos ocasionó una pequeña polémica con buenos amigos nuestros, debido a pasajeras divergencias de criterio, porque más bien que el valor efectivo de las nuevas concesiones gubernamentales, se nos aseguraba los buenos propósitos del legislador. Más tarde, la pública acusación lanzada contra Lloyd George relativa a los sórdidos y secretos convenios realidades entre él y los directores de las grandes compañías aseguradoras, unido a otros hechos no menos repudiados, han venido a confirmar los recelos que respecto de sus buenos propósitos manifestamos.

Es muy probable que, por lo que se refiere a sus nuevos planes agrarios, el famoso ministro inglés proceda de buena fe, aunque los actos de un político, por muy liberal que parezca, siempre se prestan a doble interpretación. Pero nosotros no juzgamos inútil la tenacidad de Lloyd George u otro ministro cualquiera por sus defectos personales o por su insuficiencia, sino porque su labor ha de descansar forzosamente sobre la base del Privilegio y la Autoridad, y por consiguiente, toda reforma que vaya dirigida a la entraña del gran problema económico, quedará presto interceptada por los genuinos representantes de las clases usurpadoras. O se convertirá en simples paliativos, en cuyo caso no merece siquiera un pequeño comentario.

Con las futuras leyes agrarias verá el campesino reconocidos algunos de sus muchos derechos, aunque tal vez le resulten nulos, como en los mencionados seguros, por efecto de la complicación de los organismos e inspecciones a que se hallan sometidos. Mas los anhelos fervientes, cada día más intensos, de los escavos del terruño, anhelos reprimidos durante largos años de falsas promesas y de vanas esperanzas, no pueden verse colmados en modo alguno con unos pocos céntimos de aumento en el salario o con una ilusoria tutela estatal. Exigen algo más, mucho más; exigen lo que ya principia a columbarse a través de los formidables movimientos proletarios: la expropiación de la tierra a sus privados poseedores y su reintegro al acervo común de la sociedad, para equitativo disfrute de todos los seres humanos.

Por otra parte, los partidos políticos más avanzados de varios países, incluso el partido socialista, van comprendiendo poco a poco la gran fuerza que radica en los trabajadores del campo, lo indispensable que resulta para las luchas modernas su decidida cooperación, y hacia el campo comienzan a dirigir sus propagandas con objeto de constituir poderosas organizaciones agrarias. Desgraciadamente, los añejos prejuicios de partido y los desprestigiados métodos reformistas, con miras al poder, malogran el fruto de aquellas propagandas, y la teoría redentora, elevada y difana, truécense en una deleznable realidad.

Hasta se ha llegado a suponer, por parte de intelectuales afectos a dichos partidos, la existencia de ciertas incompatibilidades entre los obreros industriales y del campo, atribuyéndoles opuestos intereses y llegado al extremo de proponer la unión de los obreros industriales con sus patronos para contrarrestar las posibles exigencias de los intereses agrarios. ¡Craze error! No han sabido ver esos intelectuales miopes que no es la situación de unos y otros asalariados, idéntica en un todo, porque ambos sufren la usurpación capitalista, ni sus aspiraciones de emancipación económica y social, también comunes, lo que origina esos supuestos antagonismos, sino que, caso de que existan, débense exclusivamente a la obra del Privilegio, que pone su especial empeño en multiplicar los resortes opresores y en clasificar y separar a los individuos para mejor esclavizarlos, suscitando entre ellos odios o recelos injustificados que sólo redundan en beneficio del explotador.

Antes de que los planes gubernamentales logren adormecer las energías rebeldes de los que cultivan la tierra, o de que los luchadores políticos los desvíen de su verdadera ruta, será preciso que hagamos llegar hasta ellos, más intensamente de lo que se realiza hoy, el vivificante calor de nuestros ideales, con todo el entusiasmo, pero con toda sencillez y claridad.

Las contundentes declaraciones de la Internacional excretando la propiedad privada de la tierra y afirmando el derecho igualitario de todos a su uso y disfrute, así como la ilimitada ampliación que de tal criterio viene

realizando el pensamiento anarquista, no puede ser eclipsado por la acción política o por la táctica reformista de los hombres de gobierno. Podrá ser esa táctica y esa acción tan radical y honrada como se quiera; pero los asalariados no deben olvidar que tantos años de luchas y sacrificios, de rectitud y perseverancia, no quedan compensados con una escueta mejora. Precisa ir más allá, y pues nuestro objetivo se halla bien definido, alcanzarlo en todos sus extremos, borrando para siempre la desigualdad humana.

Al despertar vigoroso de las masas proletarias industriales, ha de corresponder la iniciación de un gran movimiento emancipador entre los proletarios del campo, único medio de que, en íntima compenetración de ideas y sentimientos, puedan llevar a la práctica con éxito completo las nuevas formas de vida colectiva que permanecen aún en las regiones de la teoría.

Para nosotros, anarquistas, ese futuro movimiento agrario entraña una excepcional importancia. Recuérdese que Kropotkin le ha dedicado preferente atención en todas sus obras, evidenciando de una manera clara y concisa el valor de dicho movimiento en la magna contienda social. La tierra es la más sólida base económica de la sociedad, el más fecundo elemento de riqueza. Si nos faltara el apoyo de los que la cultivan, la revolución sufriría un rudo golpe y tal vez determinara su fracaso.

FEDERICO FRUCTIDOR

## EL ANARQUISMO EN SUD AMÉRICA

### La Revolución Francesa y la Revolución Americana

Se que trasladar al papel todo un movimiento como el movimiento anarquista en aquella parte del Continente Americano es tarea un tanto difícil ya que no imposible para aquel que milita continuamente como agitador o como propagandista, ya que su actuación ha de estar siempre acompañada por su corolario persecución, y como afirma Roberto D'Angió en su libro *La Anarquía* refutando a Hector Zoccoli, siempre se verá falto de los documentos tan necesarios para hacer historia, y como esos documentos en nuestro caso serían las colecciones de periódicos, revistas, folletos y libros, esos han sido víctimas de las *razas* policiales continuas, tan continuas como lo fuera la actuación del militante anarquista. Pero como no queremos hacer historia, puesto que sólo nos interesa la filosofía que podamos sacar de los hechos, que si bien tienen su origen en la organización de la sociedad capitalista con su Estado, su propiedad y su religión; es decir, que aunque los hechos se desarrollen originados por los dogmas en que se basa el régimen vigente: dogmas sociales, políticos, religiosos, jurídicos o económicos, de ellos podemos sacar consecuencias anarquistas.

El movimiento anarquista Sud-Americano data de hace treinta años, época en que parte del elemento anarquista europeo tuvo que emigrar debido a las persecuciones de los gobiernos del viejo mundo, por haber actuado en aquella poderosa Cátedra de Sociología ya disuelta, que se llamó *La Asociación Internacional de los Trabajadores*, en la que brillaron figuras tan grandes como Bakounin, Reclus, Caffero, James Guillaume, Malatesta, Fanelli, Anselmo Lorenzo y tantos otros, que con su ciencia, su sinceridad, su elocuencia y su valor revolucionario despertaron las conciencias atetargadas del pueblo abriendo el surco de la Revolución salvadora que daría a la plebe hambrienta y a todo el género humano el pan y la libertad, haciendo surgir de una noche tenebrosa la aurora de los tiempos nuevos: La Anarquía.

Así como en Europa a pesar de aquel gran sacudimiento social de 1789-93, el pueblo no adquirió la libertad efectiva, porque la Revolución francesa si bien tuvo un origen eminentemente social, al final no fué otra cosa que una revolución jurídica, puesto que, aunque haya sido abolido el feudalismo la situación de la gleba siguió siendo la misma que antes de la Revolución. Con el triunfo de la democracia jacobina el proletariado continuó tan desgraciado como antes, porque no conquistara más que su ciudadanía sin la libertad económica y social, siendo víctima de la tiranía po-

lítica, de la opresión económica y de engaño religioso y moral a pesar de los levantamientos y revueltas populares de 1815, de 1832 y de 1848, quedando así como letra muerta las verdades de los enciclopedistas; verdades que si flamearon al viento durante el período revolucionario, fueron oscurecidas y anuladas al proclamarse los Derechos del Hombre por la Asamblea Convencional.

Eso mismo ocurrió en Sud-América. La influencia poderosa de los enciclopedistas franceses se dejó sentir de una manera asombrosa en aquel Continente, con más pujanza, si se quiere, que en la misma Europa, puesto que las verdades por ellos sostenidas fueron, algo así, como un potente factor revolucionario, que sirvió para despertar las conciencias del pueblo americano que, unido a un deseo hondo de libertad, ha hecho surgir aquella potente revolución que pasando de un pueblo a otro llegó a destruir toda la tiranía española en América. Pero así como en Europa tras la proclamación de los Derechos del Hombre surgió la opresión política y económica, así también, Sud-América no pudo librarse de aquella, a pesar de las palabras pronunciadas desde el Cabildo de Buenos Aires por Vieytes, uno de los porta-estandartes de la Revolución americana dirigiéndose al pueblo el 25 de mayo de 1810: *Hemos proclamado la libertad de las Provincias Unidas del Sud; todos los hombres son ya libres.*

Así como con la guerra y la revolución francesa no se pudo en Europa transformar la sociedad, abolir los privilegios y antagonismos de clase, consagrando toda la fuerza de aquel gran sacudimiento social al reconocimiento jurídico de los Derechos del Hombre; así también en Sud-América, con la proclamación de la Constitución de las Provincias Unidas del Sud, hecho en Tucumán en 1816, se dejó sin resolver el problema capital que había sido el origen de la Revolución de mayo y que lo es de casi todas: el problema económico de las ciudades y las villas; la libertad integral para el hombre, libertad económica, política, social...

América ha vivido más de medio siglo sometida a la tiranía política como consecuencia de la organización que se había dado después de la revolución; pues, aunque la Constitución sancionada en Tucumán fuera todo lo amplia que se quiera, como Carta Orgánica de un estado republicano, ella no pudo evitarla, constatando así, que las leyes son letra muerta—ya que la tiranía se enseorea más fácilmente en una organización política nueva que en una vieja, y ese mismo fenómeno lo vemos desarrollar en Francia después de la Gran Revolución y casi después de todas las revoluciones; y si después del terror jacobino vemos aparecer la figura fatídica de Napoleón, en América también surgió otra figura tan odiosa como la de Rozas.

La organización política surgida de la Revolución de mayo, en su afán de reglamentar toda la vida del pueblo americano, tropezó con un gran inconveniente, el cual consistía en el carácter indomable de las razas de indios de casi todo el territorio que, acostumbrados a la vida libre del campo no podían soportar la autoridad que los sometía a una vida de disciplina, de oprobio, de hambre... Y se rebelaron contra la nueva organización política que los hacía esclavos de nuevo señor y del nuevo Estado.

Los indios americanos, hoy casi desaparecidos, eran como esos beduinos de Egipto, de Siria, de Túnez y de Tripolitania, de estirpe de guerreros y poetas que por encima de todo amaban su libertad, la libertad del desierto en la extensión inmensa de la Pampa, en la Cordillera de los Andes y en la Cuchillas de Uruguay; y una prueba la tenemos en los araucanos de Chile todavía hoy en pleno siglo XX, a ciento diez años de la Revolución americana en abierta rebelión contra el Estado republicano que quiso someterlos a eso que los señores burgueses y los poetas rampiones llaman civilización moderna; y esa rebelión es santa porque responde a la idiosincracia de una raza alta y fuerte que desea vivir la vida libre del desierto, donde, como dice Gómez Carrillo, *no habrá sedertas, ni flores, ni perfumes, ni mollicies voluptuosas; pero hay algo superior a todo eso, y es la libertad altiva bajo el eterno azul del cielo, y es la vida vivida íntegramente en connivencia con las leyes inmutables de la Naturaleza.*